

Domingo Domené



Alfonso X el Sabio no santo

Alfonso X el Sabio no santo

Domingo Domené

Alfonso X el Sabio no santo



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Alfonso X el Sabio no santo
© Domingo Domené, 2017
© BibliotecaOnline SL, 2017
Castillo de Fuensaldaña 4
28232 Las Rozas Madrid
(España)

Primera edición: Mayo de 2017

ISBN: 978-84-15998-65-5
Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL
Composición: BibliotecaOnline SL
Impresión y encuadernación: CreateSpace
Impreso en España-*Printed in Spain*

Contenido

Cuando el matrimonio es un noviazgo	28
Nacimiento del infante heredero Alfonso	33
Infancia de Alfonso, el infante heredero	39
Adolescencia	54
Propuesta fallida de segunda boda	82
Mocedad	90
El primer amor... imposible	97
El segundo amor... también acaba mal	106
El gran amor... tampoco	129
La esposa	165
El rey llamado Alfonso X el Sabio	169
El sueño del fecho del Imperio	188
La quinta y última amada	229
El final de un rey sin reino	284
Bibliografía	302

*A las mujeres que amé y a las que hoy sigo amando
(incluidas hija y nietas)*

Matrimonio de Fernando III

“Que por mayo era, por mayo,/ cuando hace la calor,/ cuando los trigos encañan/ y están los campos en flor,/ cuando canta la calandria/ y responde el ruiseñor,/ cuando los enamorados/ van a servir al amor”.

Aún faltan varios siglos para que se escriba este romance, pero sucede lo que en él se dice. Es el mes de mayo. La primavera triunfa sobre los campos de Burgos. Algunas tardes son ya calurosas, aunque en la de hoy la temperatura es agradable. Doña Berenguela, la reina madre de Castilla, ha dejado su residencia habitual aleada al monasterio de las Huelgas y está en la ciudad. Ha subido a la terraza de la torre del homenaje del viejo castillo que ha sido convertido en alcázar real. Desde allí divisa los campos regados por el Arlanzón y su red de pequeños afluentes. El trigo está en granazón y el campo se llena de margaritas y amapolas. Se oye el canto de las calandrias, de los ruiseñores y los jilgueros, de las alondras, de los escandalosos gorriones, los silbidos de las oropéndolas. Bajo las alamedas que hay junto al río juegan los niños y algunos jóvenes se entrenan, semiescondidos, para el amor.

Doña Berenguela contempla esa explosión de vida y aumenta la inquietud que desde hace un tiempo la desvela. Han pasado dos años desde que cedió el trono a su hijo Fernando, tercero de este nombre. El rey ha cumplido los veinte y está soltero. Tontea con unas y con otras porque él también quiere servir al amor, pero ella, la reina madre, no deja que esos tonteos pasen a mayores. Mas, es consciente de que las cosas no pueden seguir así. Doña Berenguela se dice:

—Es preciso acabar con la soltería de Fernando porque no es bueno para el reino que el rey no tenga un heredero, “es inadecuado que un príncipe tan excelso quede expuesto a pasiones fuera de lugar”⁽¹⁾, imite a su padre el rey Alfonso IX de León y como él acabe llenando el reino de hijos naturales, porque ambos son físicamente muy parecidos y sus circunstancias personales también: los dos accedieron al trono muy jóvenes y ¡solteros! A Alfonso IX las damas, y las no tan damas, de la corte se lo rifaban descaradamente y él no le hacía ascos a ninguna

(1) Ximénez de Rada, R. : “De rebús Hispaniae”, lib. IX, cap.X.

janda que no me costó a mí esfuerzo e ingenio el tenerlas alejadas! A Fernando no se lo rifan tan abiertamente porque yo lo vigilo, mas como no lo case pronto, a ser posible con una que no sea de la familia, hará lo mismo que su padre. Alfonso IX casó cuando tenía diez y ocho años con su prima hermana Teresa de Portugal. Fernando tiene ya veinte. Alfonso y Teresa tenían tres hijos cuando el papa anuló ese matrimonio por razones de consanguinidad. Como Alfonso no podía estar sin una mujer a su lado se lió con dos damas de la corte y a las dos las hizo madres. Después se casó conmigo por razones inicialmente políticas, aunque la verdad es que acabamos enamorándonos locamente, más locamente él que yo. Éramos muy felices, habíamos tenido cuatro hijos y yo estaba embarazada de un quinto cuando al papa se le volvió a ocurrir que teníamos que separarnos porque éramos parientes: mi padre y él eran primos hermanos. Yo lo pasé muy mal, él parece que no tanto porque volvió con una antigua amante y cuando ésta lo dejó se lió con otras dos y ahora anda con otra, dicen que casado en secreto. Total, siete mujeres, que se sepa, han pasado por su vida y ha tenido cerca de veinte hijos. No, mi hijo Fernando no puede llevar la misma vida que su padre. Tengo que casarlo ya. Sí, tengo que casarlo con alguien que no sea de nuestra familia para que el papa no meta las narices en ese matrimonio y no le amargue la vida como nos la amargó a Alfonso IX de León y a mí.

Doña Berenguela baja de la torre porque le dicen que ha llegado don Mauricio, arzobispo de Burgos y su principal consejero, a quien ha mandado venir. La reina le expone su preocupación:

—Buenas tardes, obispo. Os he mandado llamar porque quiero encargaros una misión muy importante para el reino e incluso para la iglesia. Mi hijo el rey que ya lleva dos años en el trono, ha cumplido los veinte. Necesita una esposa para que viva santamente y no llene Castilla de hijos naturales como ha hecho su padre en León o lo que es peor de bastardos. Necesita una esposa para darle al reino un heredero. Tengo, pues, que buscarle esposa de forma casi inmediata. No es nada fácil puesto que no puede ser infanta de ningún reino de Hispania, tanto da cristiano como musulmán, porque aquí todos somos parientes y seguro que el papa volvería a meterse donde no le llaman como hizo en mi boda con el rey Alfonso de León, el padre de Fernando. No puedo buscar en Inglaterra porque mi madre la reina Leonor era una Plantagenet y la posible novia de

Fernando también sería pariente. Tampoco puedo mirar a Francia (donde mi antepasado Alfonso VI encontró no sé si tres o cuatro esposas) porque Felipe Augusto, suegro de mi hermana Blanca, no tiene hijas. No me queda más remedio que buscar en el Sacro Romano Imperio. Federico II, el Rey de Romanos, lleva casado diez años con mi prima Constanza de Aragón y de Castilla⁽²⁾ por lo que cabe esperar que se muestre proclive a mi petición. Es cierto que del Sacro Imperio yo no tengo un buen recuerdo. Como sabéis cuando no era más que una niña fui desposada con Conrado de Suabia, tío de Federico, un mal hombre, un animal, quien afortunadamente se desentendió de mí cuando comprobó que a través de su matrimonio conmigo nunca podría ser rey de Castilla ya que mi madre dio a luz poco después a mi hermano Enrique. Pero las circunstancias ahora no son las mismas, no será un alemán quien venga a reinar aquí sino una alemana quien sea la esposa del rey castellano. Así que voy a enviaros a Alemania para que le busquéis esposa a mi hijo, vuestro rey.

—Señora: vuestros propósitos me parecen loables. Está claro que el rey necesita una esposa y el reino un heredero. Así que puesto que lo deseáis marcharé hacia el Sacro Imperio para pedirle al Rey de Romanos que nos conceda una princesa de su sangre para el rey Fernando. Llevaré como compañeros de viaje a quienes no me creen problemas ni en Francia ni en el Imperio por intentar enamorar o liarse con damas de esos territorios. Se me ocurre que los mejores serán caballeros de las órdenes y algunos religiosos. Y como la presencia de tantos eclesiásticos pueda hacer que la gente piense que en lugar de buscar una reina vamos a buscar una monja también podré llevar algunos infanzones bien casados y de edad madura, que por ese motivo de la edad no se dediquen a tontear con las damas.

A finales del mes de mayo de 1219 don Mauricio con un séquito formado fundamentalmente por eclesiásticos tales como Pedro Odoario (prior de la Orden del Hospital en Hispania), García González (maestre en Castilla de la Orden de Santiago), Pedro Rodríguez (abad de San Pedro de Arlanza), don

(2) Constanza de Aragón y Castilla, era hija de Afonso II de Aragón y Sancha de Castilla. Ésta era tía carnal de Alfonso VIII de Castilla, el padre de Berenguela. Sancha y Alfonso de Castilla eran de la misma edad y se decía que la tía estaba enamorada del sobrino.

Rodrigo (abad de Santa María de Rioseco) marcha hacia Alemania escoltado por caballeros de las órdenes y por ricos-hombres castellanos.

Un mes de viaje les cuesta llegar a tierras del Imperio y quince días en encontrar a la itinerante corte imperial. Don Mauricio lleva una carta del rey Fernando para Federico II Rey de Romanos y otra de la reina Berenguela para su prima Constanza esposa de éste. Dicen así:

Carta del rey Fernando de Castilla a Federico Rey de Romanos y de Sicilia.

Don Fernando, por la gracia de Dios rey de Castilla y Toledo. A don Federico, César y augusto Rey de Romanos y de Sicilia por la gracia de Dios, salud y gracia.

Como bien sabéis nosotros los reyes necesitamos tener herederos legítimos para que después de Nos rijan nuestros reinos con justicia y de acuerdo con la voluntad de Dios. Esos herederos legítimos sólo pueden proceder de un matrimonio entre iguales por sangre. En mis reinos y en los otros reinos de Hispania me es imposible encontrar esposa que sea igual a mí en sangre porque todos los príncipes y reyes somos parientes y el papa no aprobaría ese matrimonio. Por otra parte, el matrimonio entre dos personas de sangre real y originarias de reinos diferentes suele dar lugar a alianzas entre esos dos reinos; eso es lo que ocurrió entre Sicilia y Aragón cuando vos, rey de Sicilia, casasteis con mi tía Constanza de Aragón y Castilla. Por todo lo cual os ruego y pido que si os es posible busquéis entre las mujeres de vuestra familia a aquella que por sus cualidades pueda ser mi esposa y reina y que después de las correspondientes negociaciones entre vuestros representantes y mis emisarios sobre su dote y la alianza entre nosotros dos y los territorios que regimos por la gracia de Dios, la entreguéis a mis emisarios quienes la protegerán con sus vidas hasta que llegue a Castilla y ella y yo podamos contraer el santo sacramento del matrimonio. En Burgos, en mayo de mil y doscientos y cincuenta y siete años de la Era, mil y doscientos y diez y nueve año del Señor. Yo, el rey.

Carta de Berenguela reina de Castilla a Constanza, reina de Romanos y de Sicilia.

Doña Berenguela, por la gracia de Dios reina madre de Castilla y Toledo. A la cesarisa, pía y augusta doña Constanza, por la gracia de Dios reina de Romanos y de Sicilia, salud y gracia.

Prima: mi hijo el rey Fernando de Castilla ha cumplido ya los veinte años y ... está soltero. Como bien sabes por ser esa costumbre y norma de los reyes, a su edad hace ya tiempo que debiera estar casado, tanto por dar un heredero legítimo a la corona como para vivir alejado de los pecados de la carne tal como enseña y manda la Santa Madre Iglesia. No puedo intentar casarlo con una infanta de cualquier reino de Hispania porque como también sabéis todos somos parientes y ese matrimonio no sería aprobado por el papa como ocurrió con el mío y el rey de León, matrimonio del que nació Fernando. Tampoco puedo casarlo con una dama de mi corte porque la familia de ella trataría de obtener ventajas e incluso entrometerse en la gobernación del reino. Así, pues, os ruego que busquéis entre las damas de la familia de vuestro esposo a la que pudiera convenirle como esposa a mi hijo y que intercedáis ante vuestro esposo para que le conceda a mi hijo la mano de esa dama pariente suya y vuestra. Si vuestro matrimonio sirvió para reforzar la alianza entre Aragón y Sicilia, el de Fernando con una dama de la familia Hohenstaufen haría otro tanto entre el Sacro Romano Imperio y el reino de Castilla. Recibid el abrazo de vuestra prima. Berenguela de Castilla. En Burgos, en mayo de mil y doscientos y cincuenta y siete años de la Era, mil y doscientos y diez y nueve año del Señor.

Aunque en realidad quien ha enviado las cartas es la reina madre doña Berenguela los castellanos hablan al futuro emperador como si quien las envía fuese el rey de Castilla y le piden que le conceda a éste la mano de una princesa de la familia imperial, la familia Hohenstaufen.

La única que está soltera es Etisa, prima hermana de Federico, quien hace siete años cambió de nombre para pasar a

llamarse Beatriz Isabel como homenaje a una hermana muerta que llevaba este nombre. Federico decide que tras las oportunas negociaciones con el resto de la familia sobre los bienes que le corresponden en la herencia de su padre, Etisa marche a ser reina de Castilla.

Etisa o Beatriz Isabel es hija de Felipe Hohenstaufen, duque de Suabia y rey de Romanos y de Irene Ángelo. Es, pues, nieta por parte paterna del emperador Federico I y por la materna del emperador de Bizancio Isaac II Ángelo “los dos emperadores más grandes y preclaros en el mundo universo”⁽³⁾.

Felipe fue asesinado en 1208 y pocos meses después Irene, su esposa, murió de dolor. Los cronistas de la época dicen que Felipe fue un hombre valiente y guapo; hablan muy bien de su dulzura y generosidad. A Irene la calificaron como la rosa sin espinas, la paloma sin malicia. Etisa, que tenía tres años cuando quedó doblemente huérfana, heredó las buenas cualidades de ambos y quedó bajo la protección de su primo Federico, titular del Regnum, esto es de Sicilia y Nápoles. Allí y con él vivió hasta hace tres años, cuando Federico fue elegido futuro emperador o Rey de Romanos momento en el que la llevó al ducado de Suabia. Etisa, llamada ahora Beatriz Isabel, tiene catorce años.

En Sicilia la esposa de Federico II, Constanza de Aragón y Castilla –cuarenta años– trató a Etisa más como hija que como prima. Con ella y con sus damas de origen hispano Etisa aprendió a balbucear el castellano. Con las demás personas hablaba en siciliano. Durante los tres años que ha estado en el ducado de Suabia ha aprendido el tudesco. Etisa es, pues, capaz de entender tres idiomas: castellano, siciliano y tudesco aunque sólo se exprese con fluidez en siciliano. Su mayor consuelo son los libros, sobre todo los escritos en latín, ya que está muy bien formada intelectualmente. No en vano se ha criado en la corte de Federico a quien todos califican como “stupor mundi” (asombro del mundo) por sus extensos conocimientos (se dice que habla nueve idiomas y que escribe en siete) y que es un experto en filosofía, astronomía y matemáticas, en botánica y medicina. Ese apelativo de “stupor mundi” también se le aplica por su carácter socialmente heterodoxo e iconoclasta, es decir, por no ser muy dado a los convencionalismos cortesanos.

(3) Crónica latina de los Reyes de Castilla, 50. Puede verse en: http://www2.uned.es/ca-zamora/libros/2001_Fernando_III.pdf

Durante cuatro meses los representantes castellanos discuten con el príncipe Wenceslao de Bohemia y con el duque de Brabante, esposos respectivamente de Cunegunda y María, hermanas de Beatriz Isabel sobre la herencia que le corresponde a ésta en Suabia y con Federico sobre la dote que el novio rey de Castilla entregará a la novia.

Durante esos cuatro meses la reina Constanza informa a Beatriz Isabel sobre lo que va a encontrar en Castilla y le da apresuradas lecciones para que perfeccione al castellano.

—Mirad, Etisa, mirad mi “dulcísima domicella”, dulcísima señorita, como os llaman las damas sicilianas que os acompañan, mirad Beatriz, porque así os llamáis ahora y por ese nombre os conocen los castellanos que han venido a pedir vuestra mano, vais a ser reina de un territorio muy diferente al del reino de Sicilia y a Alemania. Castilla también tiene montañas y llanuras como las del Regnum pero en Castilla predominan las infinitas llanuras, verdes por los pastos o los cereales durante el invierno y la primavera y oscuras u ocreas el resto del año. Vais a vivir entre gente austera y no tan dada al jolgorio como los sicilianos; los castellanos son secos y aparentemente poco afectuosos, pero cuando los conozcáis no encontraréis a nadie más fiel y leal que ellos. Quien va a ser vuestro marido según me dicen es apuesto y bueno. Como salga a su padre el rey Alfonso IX de León no podrá estar sin una mujer a su lado, así que tendréis que ir siempre con él y seguro que os llenará de hijos o al menos lo intentará. Con vuestro suegro el rey Alfonso IX de León no tendréis problemas porque padre e hijo no se hablan por pura cabezonería del padre quien quiso ser rey de Castilla en lugar de Fernando sin darse cuenta de que los castellanos no lo hubieran aceptado jamás. Quien sí os puede crear problemas es vuestra suegra la reina Berenguela, siempre muy en su papel de reina madre, y que es quien realmente lo dirige todo porque vuestro futuro marido por su juventud tiene poca experiencia en los asuntos del reino y hace cuanto su madre le dice, aunque en honor a la verdad he de reconocer que Berenguela es inteligente y bien intencionada. No creo que se meta en vuestra alcoba ya que ella sabe muy bien lo que es el amor y vivir enamorada, porque lo estuvo, y mucho, de su marido Alfonso IX hasta que al cabezón de Inocencio III se le ocurrió separarlos. Después se distanciaron porque Berenguela siem-

pre antepuso los intereses de Castilla a los suyos propios. De lo que sí estoy segura es de que vuestro marido no os será infiel. Si quisiera serlo su madre sacaría los ojos a la posible amante. Porque os conozco, casi puedo decir que os he criado, y porque conozco a los castellanos, paisanos de mi madre, creo que vais a ser feliz y una buena reina. Lo que ya no puedo aseguraros es que os divirtáis a pesar de que, según me dicen, vuestro futuro marido el rey Fernando III es amigo de cantar, por lo visto lo hace bien, y de los juglares y trovadores.

—¡Ay, prima Constanza! ¡Estoy ilusionada con quien va a ser mi marido! Todos me dicen lo mismo que vos, que es guapo, bueno y valiente. No tengo miedo a ir a un país donde no conozco a nadie y a tratar con gentes cuyas costumbres ignoro, llevo haciendo eso desde que era niña. A lo que tengo miedo es a no complacer a mi marido y a quienes van a ser mis súbditos. En definitiva: tengo miedo a ser una mala reina.

—No tengáis miedo, mi niña, Dios os ayudará. Para que no os sintáis tan sola dejaré que vayan con vos las damas aragonesas que quieran ir y que me acompañan desde que me casé. Creo que echan en falta el sol de Hispania. También dejaré que vayan con vos las damas sicilianas que os han acompañado desde que mi marido, el entonces rey Federico, os trajo a vivir con nosotros. No tengáis miedo, mi bien, seréis una gran reina.

Después de recorrer media Alemania la comitiva castellana vuelve a encontrar a la itinerante corte de Federico. Han concluido las negociaciones de los castellanos con el príncipe Wenceslao de Bohemia y con el duque de Brabante, cuñados de Beatriz, sobre el reparto de la herencia familiar y Federico las ha aprobado. Éste se dispone a entregar Beatriz a los castellanos.

La despedida entre Beatriz y sus primos y protectores Federico, Rey de Romanos y de Sicilia y la reina Constanza está llena de dolor. La reina, cuarenta años de edad, ha sido como una madre para ella; el emperador, de veinticinco, es como un hermano.

—¡Ay, Etisa, mi niña, mi hermana pequeña más que mi prima! ¡Qué triste vamos a quedar Constanza y yo sin alguien que es para nosotros como la hija que no tenemos! ¡Qué triste va a quedar mi hijo Enrique, ocho años, cuando pierda a quien

es como su hermana! ¿Quién le dará mimos y le hará carantoñas? ¿Con quien jugará y a quien hará rabiar con sus juegos? En la corte sin tu presencia y tu sonrisa, sin tu dulzura y belleza parecerá que se ha puesto el sol. Pero, en fin, nosotros los príncipes tenemos que sacrificar nuestras vidas en beneficio de nuestros reinos. Me han dicho que el rey Fernando de Castilla es un buen mozo y una buena persona. Espero que te haga feliz; pero, si te sientes mal o maltratada házmelo saber y mandaré a buscarte. Por nada del mundo permitiré que nadie haga sufrir a mi niña, a mi hermana pequeña –dice quien pronto será consagrado como emperador Federico II.

La reina Constanza y Beatriz se abrazan casi convulsivamente. Las lágrimas y los sollozos les impiden articular palabra. Al cabo de unos minutos logran serenarse.

–¡Beatriz, mi vida! ¡Qué dolor y que angustia me causan tu partida! Cuando quedaste huérfana y Federico te trajo con nosotros nunca pensé que pudiera llegar a quererte tanto. Vas a ser reina y no tienes más que catorce años. Me da una cierta pena pensar que no vas a poder jugar con otras doncellas de tu edad, que seguro es lo que hoy más te apetece. Pero, en fin, como ha dicho tu primo nosotros, los miembros de las familias reales, tenemos que sacrificar nuestra vida en beneficio de los reinos ¡Ay, mi vida! ¡Abrazame una vez más! ¡No llores! No te olvides de nosotros, nosotros jamás te olvidaremos.

Tras la despedida Federico entrega a los castellanos a la joven, casi niña, que va a ser su reina y autoriza a las damas hispanas que sirven a doña Constanza para que si quieren marchen a Castilla con Beatriz; lo mismo hace con las doncellas sicilianas que la sirven desde hace años.

Federico dispone que Beatriz y sus damas sean escoltadas además de por los caballeros castellanos llegados hasta Alemania por un grupo de caballeros alemanes hasta que la comitiva llegue a Francia.

Al entrar en territorio francés el rey Felipe II Augusto, suegro de Blanca de Castilla (hermana de Berenguela) quien está casada con Luis el heredero francés, agrega a la comitiva otra escolta de caballeros franceses; los alemanes regresan a su país. El séquito de la futura reina castellana es recibido en París con los máximos honores y Beatriz Isabel es mimada y tra-

tada por la princesa Blanca de Castilla que va a ser su tía como si ya fuese realmente una reina. El arzobispo de Burgos, don Mauricio, que es de origen francés y que ha estudiado en París se siente feliz; observa con gran interés las nuevas formas y modelos que se dan a las catedrales que están en construcción tanto en Alemania como en Francia y que tan diferentes son a las inspiradas en la arquitectura romana; piensa que tendrá que hacer algo similar en Burgos.

Los caballeros franceses acompañan a Beatriz hasta la villa llamada Vitoria fundada hace unos cuarenta años por el rey Sancho VI de Navarra a los pies de la aldea conocida como Gasteiz y que hace unos veinte Alfonso VIII incorporó a Castilla.

En Vitoria está la reina Berenguela quien ha ido hasta allí para recibir a la que va a ser su nuera. A la reina madre castellana la acompaña una cuantiosa representación de religiosos varones y caballeros de las órdenes, de abadesas y dueñas tanto religiosas como seglares, de ricashembras e infanzonas todas ellas vestidas con sus mejores galas.

Beatriz queda turbada ante quien va a ser su suegra y ante tantos e importantes personajes, pero le duele que su prometido no haya venido a recibirla. El encuentro quiere ser cordial, más resulta únicamente protocolario: doña Berenguela es mucha reina y no puede abdicar de su condición, quiere dejar bien claro desde el primer momento quien es quien. Así y todo, como la cortesía se impone saluda a su ya casi nuera con las mejores palabras. Tras una reverencia de Beatriz, que doña Berenguela no impide, y de un intercambio de besos fríos, toma la palabra la reina madre:

—Bienvenida seáis hija mía a vuestro reino. Sentaos o mi lado para recibir el homenaje de los vasallos. Vuestro futuro esposo, mi hijo el rey Fernando no ha podido venir a recibirlos por impedírselo sus tareas como rey. En su nombre viene lo más granado de Castilla y yo misma para ponernos a vuestra disposición y servicio. Estaremos aquí un par de días con el fin de que descanséis de vuestro largo viaje. Después marcharemos a Burgos donde nos espera el rey para servirlos. Mientras, decidme lo que queréis e inmediatamente lo tendréis.

Con un gran esfuerzo por hablar en un castellano que no domina, la adolescente, abrumada y un tanto confusa Beatriz responde:

—Muchas gracias, mi señora y reina. Trataré de ser una buena esposa para vuestro hijo, una buena hija para vos y una buena reina para los castellanos.

Uno a uno y una a una los caballeros y damas presentes van pasando ante la reina madre y la prometida de su rey; hacen una genuflexión ante ellas y ademán de besar sus manos. Las damas castellanas examinan con sus miradas, de arriba abajo, a la joven que va a ser su reina y han de aceptar, entre cuchicheos, que la joven alta y bien formada, rubia y con los ojos azules es más guapa que todas ellas. Lo mismo piensan los religiosos y caballeros. Un cronista de la época la calificará como “buenísima, bella, sabia y ruborosa y pura”⁽⁴⁾.

Son los primeros días de noviembre (1219). Desde Vitoria la comitiva, bien abrigada porque ya se siente el frío, se dirige a Burgos. Lo hace por la parte de la ruta jacobea vasca que después pasa por las castellanas Puebla de Arganzón, Miranda de Ebro, Pancorbo, Briviesca. Alfonso VIII convirtió hace unos años esta ruta en camino real o lo que es lo mismo: hizo que fuera más ancho que los demás caminos y reconoció los fueros municipales de los principales lugares que atraviesa.

Por todas las localidades por donde pasa la comitiva regia la gente sale a ver a los viajeros porque no siempre es posible ver a distinguidos personajes; además hay curiosidad por conocer a la joven alemana que va a ser reina de Castilla. Doña Berenguela dirige todo y se esfuerza porque a Beatriz le resulte agradable el viaje. El primer día descansan y hacen noche en Miranda de Ebro donde las autoridades rinden pleitesía a la reina madre y a la joven princesa. El segundo en Briviesca. El tercero se proponen alcanzar Burgos. Antes de llegar a la ciudad, a cuatro leguas, está el pueblo llamado Monasterio de Rodilla porque en él hubo un monasterio godo ya desaparecido. Es propiedad personal de doña Berenguela. En su castillo espera

(4) Ximénez de Rada, Rodrigo: “De rebús Hispaniae”, lib. IX, cap. X. Puede verse en la red: Crónica de España por el Arzobispo de Toledo Don Rodrigo Jiménez de Rada, traducida al castellano y continuada por Don Gonzalo de la Hinojosa, Obispo de Burgos, y después por un anónimo hasta 1430, manuscrito digitalizado por la universidad de Sevilla. En la red hay otras dos ediciones más legibles.

el rey Fernando. Un heraldo avisa al rey de la casi inmediata llegada de la comitiva. Sale a recibir a su madre y a su prometida a las puertas del castillo.

Cuando Fernando ve a Beatriz se queda paralizado por la sorpresa: jamás hubiera podido imaginar que fuera tan bella y que tuviera un aspecto tan puro. Es como un ángel. Y tan alta o más que él. A Beatriz también le gusta quien va a ser su esposo. Ve en él a un hombre apuesto (no tanto como la mayor parte de los caballeros suabos) con cara de bueno y leal. También es consciente de por qué se ha quedado como turbado. Esa turbación o encantamiento es percibido por todo el séquito. La reina doña Berenguela recuerda la emoción que sintió cuando vio por primera vez a Alfonso IX como novio y no como pariente enfrentado con su padre el rey de Castilla. Pero, ahora, fría y experimentada se da cuenta de que ha de romper el encantamiento: ya tendrán tiempo los prometidos de mirarse a los ojos y ponerse tiernos:

—Fernando, hijo, aquí tenéis a vuestra prometida. Como ves es hermosa. Y por lo que la he podido conocer en el viaje desde Vitoria hasta aquí me atrevo a asegurar que es buena y piadosa. Beatriz, hija, delante de vos está vuestro prometido, mi hijo y señor, el rey. No puedo deciros cómo es porque seguro que el amor de madre me haría exagerar; pero, creo que no desmerecerá ante vos. Deseo que seáis buenos reyes y sobre todo muy felices, que vuestra felicidad sea más duradera que la del padre de Fernando y la mía, que dure tanto como vuestras vidas

Fernando se acerca hacia donde están su madre y Beatriz. Ésta intenta hacer una genuflexión y él se lo impide:

—Madre, muchas gracias por haberme buscado una esposa tan bella y creo que buena como Beatriz. Beatriz, no sé si es pronto para llamarte mi amor, pero el hecho cierto es que desde que os he visto os amo. Espero ser correspondido. Doy gracias a Dios por haberme concedido una esposa como vos y le pido que nos haga felices y nos proteja siempre.

Beatriz, quien a pesar de su juventud, casi niñez, está acostumbrada a tratar con altos personajes (incluso con el papa Inocencio III que quiso casarla con un sobrino suyo) no está tan asustada como cabría esperar. En un entrecortado castellano dice:

—Mi rey y señor. Yo también doy gracias a Dios por haberme dado a alguien tan noble como vos y le pido lo mismo: que nos haga felices y nos proteja siempre.

Muchos de los recios caballeros castellanos piensan: —Tanta palabrería, tanto ternurismo no son más que bobadas y pamplinas, ya se les pasará y cada uno irá por su lado, como hacemos todos nosotros.

Las castellanas sienten una cierta envidia porque su intuición les dice que quienes dentro de poco se van a casar realmente se van a querer.

Acabadas las presentaciones todos se encaminan hacia Burgos. Doña Berenguela y Beatriz se alojan en el palacio que está junto al monasterio de las Huelgas. Fernando se queda en el castillo que hay junto al Hospital del Rey.

Fernando tiene prisa en casarse tanto porque no puede dejar de pensar en Beatriz como porque su cuerpo le pide, le exige más bien, acabar con su forzada soltería y castidad. Doña Berenguela, que se siente más de Burgos que de ningún otro lugar del reino, decide que la boda se celebre en esta ciudad. Los preparativos se aceleran. Doña Berenguela se encarga personalmente hasta del más mínimo detalle. Ha decidido que la ceremonia, además de tan solemne como la dignidad de Castilla requiere, sea recordada siempre. Si la novia pertenece a la más distinguida familia de la realeza europea el rey de Castilla no es de una estirpe inferior. Envía una invitación al rey Alfonso IX de León, padre del novio, quien no se da por enterado. Doña Berenguela ordena, más que invita, a los magnates del reino, tanto laicos como religiosos, y a los representantes de las ciudades de realengo que estén presentes en el monasterio de Santa María la Real de Las Huelgas el día 27 de noviembre para asistir a la ceremonia de armar caballero al rey de Castilla. Esa ceremonia se considera previa al matrimonio de todo hombre noble.

Y allí, en la fecha indicada, en la capilla mayor de la iglesia de ese monasterio construida por los arquitectos franceses que mandó traer la reina doña Leonor Plantagenet, abuela del rey que se va a casar, se encuentran los más importantes personajes castellanos.

El joven rey que va a ser armado caballero ha confesado sus pecados y pasado la noche en ayuno, velando y orando ante el Santísimo Sacramento del altar acompañado por sus más inmediatos amigos y servidores. A la hora tercia⁽⁵⁾ don Rodrigo Ximénez de Rada, arzobispo de Toledo y primado de las Españas ha oficiado ante él una misa en el transcurso de la cual el rey ha recibido el Cuerpo de Cristo. Han asistido a esa misa cuantos querían comulgar, entre ellos la reina doña Berenguela, Beatriz y los hermanos del rey. Después han ido todos a desayunar.

A la hora sexta⁽⁶⁾ Don Mauricio, el arzobispo de la ciudad, se dispone a oficiar una misa solemne tras la cual se llevará a cabo la ceremonia de armar caballero al rey. En unos sitios colocados a los pies del presbiterio y en el lado del evangelio se encuentran la reina doña Berenguela con todos sus hijos y Beatriz, la novia; en otros sitios de menor altura que hay en el lado de la epístola se colocan los principales magnates. Quien va a ser armado caballero, el rey Fernando, se encuentra en el centro.

Acabada la misa don Mauricio bendice la espada y otros arreos que están en el altar sobre cojines de terciopelo rojo. El rey y su madre la reina suben al presbiterio; ambos llevan sobre sus cabezas una corona real. También suben unos escuderos que le ajustan al rey la loriga⁽⁷⁾ y los brahones⁽⁸⁾, le colocan las calzas⁽⁹⁾ de guerra y las espuelas de oro; le entregan el yelmo⁽¹⁰⁾ dorado propio de los reyes que Fernando coloca sobre el altar.

(5) La hora de tercia era tres horas después de salir el sol; más o menos las nueve de la mañana actuales.

(6) La hora sexta era seis horas después de salir el sol; aproximadamente las doce de la mañana actuales.

(7) La loriga o peto era una armadura hecha de pequeñas láminas de acero imbricadas entre sí que protegía el torso.

(8) En algunos vestidos antiguos el brahón era la rosca o doblez que ceñía la parte superior del brazo.

(9) Las calzas eran algo similar a unas medias que cubrían el muslo y la pierna. Si eran ceremoniales cubrían únicamente el muslo. Las de guerra o estriberas llevaban tiras de cuero.

(10) El yelmo era la parte de la armadura que protegía la cabeza y el rostro.

Seguidamente la reina madre le pone al rey un brial⁽¹¹⁾ blanco como símbolo de su limpieza de sangre, otro rojo que indica que quien va a ser armado caballero está dispuesto a verter hasta la última gota de sangre en defensa del reino y de la fe y otro negro que le debe recordar que es mortal.

Y llega el momento crucial. En circunstancias normales sería ahora cuando el padrino de la ceremonia diera un ligero espaldarazo al nuevo caballero puesto de rodillas ante él en señal de vasallaje y después le ciñese y descíñese la espada como símbolo de que el caballero novel estaría siempre dispuesto a empuñarla frente al enemigo o a guardarla si el padrino se lo ordena. Pero en esta ocasión quien va a ser armado caballero no es un cualquiera, es el rey de Castilla quien no es vasallo de nadie, ni del emperador ni del papa (de este último lo son los reyes de Portugal y Aragón), ni siquiera de su padre el rey de León. Así, pues, el rey de Castilla, que no es vasallo de nadie y que por lo tanto no puede tener un padrino que le dé el espaldarazo, se acerca hasta el altar toma la espada con las dos manos, la levanta y con ella en alto jura que no recelará en morir por su ley y por su tierra; seguidamente se la ciñe. En condiciones normales sería ahora el momento en el que el caballero novel sería desceñido de la espada por el padrino, felicitado y abrazado por los demás caballeros. Pero, como el rey de Castilla no es un caballero cualquiera y no tiene padrino la ceremonia es diferente. Se sienta en el trono que han colocado delante el altar. Todos los magnates pasan ante él, hacen una genuflexión y le besan la mano. Terminado ese desfile se levanta y su madre la reina Berenguela le descíñe la espada, lo que simboliza que el rey se reconoce vasallo suyo. Es la primera vez –y será la última– en la que una mujer, aunque sea reina, haya tenido un papel similar al de madrina al armar a un caballero. Beatriz, la novia, a quien su novio el rey no ha dejado de mirar con disimulo está sorprendida; en cierto modo la solemnidad del acto le recuerda el momento en el que su primo Federico II fue coronado Rey de Romanos en Maguncia hace siete años.

Tres días después de ser armado caballero, esto es el 30 de noviembre de 1219, festividad de San Andrés, tiene lugar

(11) El brial era un vestido de seda o cualquier otro tejido costoso que en las mujeres iba desde la cintura hasta los pies y en los hombres desde la cintura a las rodillas.

la tan esperada boda en la catedral de Santa María de Burgos. Esta catedral fue mandada construir por Alfonso VI hace más de ciento veinte años. Se ha quedado pequeña para una ciudad que en ese espacio de tiempo ha crecido mucho.

El matrimonio propiamente dicho tiene lugar ante el pórtico de la catedral según es costumbre en León y Castilla. Hace cien años que el papa Gregorio VII, como una medida más para luchar contra su enemigo el emperador Enrique IV que estaba empeñado en divorciarse de su esposa Berta de Saboya, declaró que el matrimonio es un sacramento y que por lo tanto tiene que ser autorizado por la iglesia y celebrarse en un recinto eclesiástico en presencia de un sacerdote. Pero, los monarcas de León y Castilla siempre han considerado que el matrimonio de un miembro de la casa real es también un contrato civil y como los laicos no tienen autoridad en el interior de un templo han exigido –y exigen– que cualquier matrimonio regio se celebre en el exterior del pórtico del templo, espacio donde por su propia índole (carácter semisagrado y a la vez civil) la cancillería real sí puede actuar como tal. Por eso junto a los novios y los padrinos (la reina doña Berenguela y su otro hijo el infante Alfonso) están el arzobispo de Burgos y el canciller de Castilla.

Los novios entrelazan sus manos. Don Raimundo, el arzobispo, pregunta a Beatriz si quiere contraer matrimonio de forma libre y no obligada. Cuando va a dar el “sí, quiero” la madrina, la reina doña Berenguela, levanta el velo que cubre el rostro de la novia. El rubor de su cara acentúa la belleza del rostro. Mira a Fernando sin ningún tipo de reserva y dice: –Sí, quiero. El arzobispo hace la misma pregunta a Fernando. Cuando ambos han pronunciado el “Sí, quiero” se intercambian unos anillos y se besan en las mejillas. Fernando III coloca a quien ya es su esposa la corona real que está en manos de un paje. El canciller del reino levanta acta del matrimonio y la lee en voz alta antes de que la firmen los contrayentes, padrinos y testigos. A partir de ese momento en Castilla hay dos reinas: doña Berenguela y doña Beatriz, pero siempre tendrá preeminencia la primera.

El arzobispo penetra en la catedral. Detrás lo hacen los recién casados a quienes siguen los padrinos. Los cinco recorren lentamente el pasillo central que va desde la puerta de la iglesia a los pies del presbiterio.

A los lados del pasillo se ha situado el resto de la familia real y los más importantes próceres y damas del reino. No va a haber misa porque a esta hora, la sexta, es prácticamente imposible que nadie, ni siquiera el arzobispo, haya guardado el obligatorio ayuno desde la hora de maitines⁽¹²⁾ y por ello nadie podría comulgar. La ceremonia se limita a una acción de gracias por el matrimonio y unas palabras del arzobispo sobre la fidelidad que los nuevos esposos deben tenerse y la felicidad que tanto a ellos como al reino les traerá el amor y la bendición de Dios.

Terminada la ceremonia los recién casados caminan por el pasillo central de la catedral, ella asida al brazo derecho de él, él con su mano izquierda acaricia la de ella. Saludan a quienes desde ambos lados les felicitan. En la calle: vítores y entusiasmo de la gente. Mientras se acercan a los carruajes que los llevarán al monasterio de Las Huelgas los espectadores arrojan sobre los novios granos de arroz con la intención de que el nuevo matrimonio sea tan fecundo como esas semillas.

El banquete nupcial se sirve en la residencia real aneja al monasterio. Presiden los recién casados y los padrinos. Es servido por criados de ambos sexos.

Al acabar el banquete los invitados, agrupados por familias, pasan ante los recién casados para felicitarles y entregarles los regalos nupciales. Al novio, su madre le entrega unas zapatillas para que sin abandonar sus deberes como rey obligado a luchar contra el Islam sea un hombre de hogar que pase con su esposa el mayor tiempo posible. A la novia, su suegra la reina madre le entrega parte de sus propias joyas y perfumes con el objeto de que siempre esté hermosa y sea agradable a su marido. Los invitados regalan a ambos diversos objetos muchos de ellos con más valor simbólico que real: espadas de ceremonia, estuches, joyeros, telas bordadas, instrumentos musicales, libros, etc. Cuando todos los invitados han pasado ante los recién casados éstos se levantan y se dan un beso breve y contenido en la boca como promesa de que siempre permanecerán unidos y que cada uno de los dos respirará por y para el otro.

(12) La hora de maitines coincidía, más o menos, con las doce de la noche actual.

Mientras los invitados pasaban ante los recién casados para entregarles los regalos de bodas los criados y servidores han retirado las mesas y limpiado el suelo. Las sillas y sillones han sido colocadas junto a las paredes y por ello queda un amplio espacio vacío en el centro. Tras el beso de los novios comienza un baile que abren en solitario los nuevos esposos. Cuando acaba la primera pieza se unen a él todos los invitados con danzas circulares y paloteos.

La reina madre ha dispuesto que en las plazas del Mercado Mayor y del Mercado Menor, próximas a la puerta de San Pablo se celebren bailes para la gente del común.

Ambos bailes finalizan al ponerse el sol.

Como aún es pronto para retirarse e irse a la cama en el salón entran unos trovadores y juglares. Los trovadores fueron protegidos e introducidos en la corte de Castilla por la reina Leonor Plantagenet, esposa de Alfonso VIII y abuela del recién casado rey Fernando III, quien como buena aquitana gustaba de estos personajes tan protegidos por su abuelo Guillermo IX de Aquitania. Los trovadores, que suelen ser bastante refinados, interpretan cantigas de amor (un caballero se dirige a su dama) y de amigo (una mujer enamorada llora por la ausencia de su amado). Cuando los hombres comienzan a sentir los efectos del vino aparecen los juglares; éstos, que se acompañan con dulzainas y pequeños tambores, cantan a Fernán González, al Mío Cid, a los Siete Infantes de Lara, etc. Si doña Berenguela no fuera tan seria y circunspecta los juglares se atreverían a interpretar canciones de letra equívoca e incluso podrían aparecer unas danzarinas que con bailes sugerentemente voluptuosos hicieran relinchar a los barones, tal como suele suceder en la boda de los próceres. Pero, no, aquí y ahora nada de eso es posible, a doña Berenguela no le gustan nada lo que ella llama frivolidades.

Han pasado dos horas desde que comenzó la actuación de los trovadores y juglares. En el salón el aire está haciéndose irrespirable por el humo de los candiles y faroles. Todos deciden irse a la cama.

Los nuevos esposos acompañados por los padrinos, el arzobispo y el canciller del reino se dirigen hacia el dormitorio donde está el lecho nupcial. A los lados de ese dormitorio y comunicado con él hay un vestidor para cada uno de los nue-

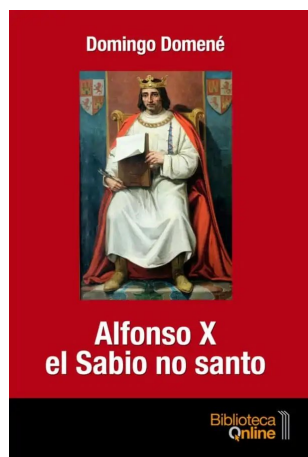
vos esposos. Los criados de mayor confianza les ayudan a desnudarse. En el centro del dormitorio y cubierta por un dosel de terciopelo rojo con orifreses dorados en los bordes se halla la cama donde se consumará el matrimonio. De cada lado del dosel cuelgan unas bambalinas de la misma hechura. El calor de una gran chimenea encendida al máximo, colgaduras en las paredes y alfombras en el suelo tratan de combatir el frío. Las llamas de la lumbre de la chimenea y varios faroles iluminan tenuemente el dormitorio.

Cuando a la ya reina doña Beatriz la han desnudado en su vestidor le ponen una bata de color blanco. Se dirige hacia la cama y se acuesta boca arriba. El rey Fernando hace lo mismo. El rey hace sonar una campanilla. En ese momento los criados y criadas que han ayudado a los novios a desnudarse avisan a los padrinos, al arzobispo y al canciller del reino. Los cuatro comprueban que los recién casados yacen juntos. Se va a consumir el matrimonio. Los dejan solos.

Ninguno de los dos sabe muy bien que es lo que debe hacer. Fernando se encamó deprisa y corriendo en una ocasión con una moza durante el poco tiempo que de adolescente vivió junto a su padre el rey Alfonso IX de León. Beatriz es virgen de cuerpo y de alma. Lo único que sabe al respecto es lo que le dijo su prima la emperatriz Constanza: que la esposa ha de estar siempre a disposición del esposo y que como reina su obligación es dar herederos a la corona. Con esos antecedentes la noche nupcial es un fracaso. Fernando queda algo más complacido, pero Beatriz se siente poco más que animalizada y ... además ha sentido un gran dolor.

Afortunadamente, la experiencia de los días sucesivos hace que a los recién casados la noche les resulte más grata cada vez. Lo contrario hubiera podido llevar a que el rey buscara otras mujeres más placenteras e incluso a una ruptura del matrimonio como en tantos otros matrimonios regios.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el primer capítulo de *Alfonso X el Sabio no santo*, de Domingo Domené: la boda de Fernando III y Beatriz de Suabia, los padres del futuro rey. El libro completo es una historia novelada de la vida de Alfonso X, desde su nacimiento hasta el final de un rey sin reino, a través de las mujeres que marcaron su vida.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/alfonso-x-el-sabio-no-santo

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Infancia y adolescencia.** El nacimiento del infante heredero, su infancia, su adolescencia y una propuesta fallida de segunda boda.
- **Mocedad y amores.** El primer amor imposible, el segundo que también acaba mal y el gran amor que tampoco prospera.
- **La esposa y el rey Sabio.** La esposa, el rey llamado Alfonso X el Sabio y el sueño del fecho del Imperio.
- **Los últimos años.** La quinta y última amada, y el final de un rey sin reino.

Con bibliografía final y notas explicativas sobre las costumbres y la vida de la época.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-15998-65-5



Escanea para comprar